

José Ricardo García Martínez
PhD Student at University of British Columbia
FHIS Graduate Student Symposium
gamtzr@student.ubc.ca

“Todo se vende por cuenta y medida”. Del mercado a la guerra en la segunda y tercera
Carta de Relación de Hernán Cortés

La descripción del mercado de Tlatelolco que aparece en la *Segunda Carta de Relación* de Hernán Cortés captura buena parte de la fascinación y el asombro sentido por los conquistadores al llegar a México Tenochtitlan. Al mismo tiempo, esta descripción ejemplifica la capacidad de volver “valioso” aquello que probablemente eludía la identificación dentro del dominio semiótico de los conquistadores. Como luego Bernal Díaz del Castillo repetidamente dirá en su *Historia verdadera*, “todavía no se tenía noticias del Perú” y por tanto, aquello que desbordaba los sentidos del pequeño grupo de conquistadores ante la multitud de pueblos de Mesoamérica pronto fue traducido en largas listas y descripciones detalladas: acumulaciones de palabras con intención de volverse valiosas ante la corte y el emperador. En este sentido, las crónicas se convierten en “mercancías” con un valor que se produce de forma particular.

Las listas no son una novedad dentro de las formas de contar el mundo a inicios del siglo XV. Las listas son parte esencial de los relatos de viaje que han estado presentes en la tradición “hispana” al menos desde el siglo IV. Igualmente, las descripciones de ciudades y las maravillas también. La descripción de Cortés del mercado de Tlatelolco

sorprende por su novedad a la vez que se alimenta de referentes previos. En el siglo XV, Pero Tafur ya decía que los mercados de Amberes, en tiempos de fiestas, y el mercado de Brujas eran cosa de maravillar pues en éstos cabían todas las mercancías vistas por el Mediterráneo bajo un mismo orden: el valor del oro, su peso.

La segunda *Carta de relación* de Cortés, como las demás, está concentrada en la búsqueda de aquello que pueda ser medido, o pesado, en oro. Cortés cuenta una historia, cuenta “regalos” y el quinto del emperador con la esperanza de que sus palabras resuenen como monedas en los oídos de quien las oyere. Para que los pesos suenen, entonces, hacen falta palabras bien contadas y razones bien medidas.

La lista de elementos que Cortés registra sobre el mercado de Tlatelolco maravilla por ciertas cosas que son semejantes, cosas que están ordenadas y algunos elementos que exceden a las semejanzas y al orden. Se lee así que existen mezquitas en toda la ciudad de Tenochtitlan, y una muy grande en el mercado. Se lee también de una semejanza que hila la relación entre los conquistadores y los habitantes del lago de Texcoco, pues en el mercado hay “hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas” (135). El orden sorprende porque en la plaza del mercado “Cada género de mercadería se vende en su calle, sin que entremetan otra mercadería ninguna” (136). Al mismo tiempo, la plaza excede la semejanza, pues la de Tlatelolco es “harto mayor que la de Salamanca”. La desmesura de la plaza sólo puede dar lugar a un comercio regido por un orden igual de desmesurado.

La llegada de Cortés al mercado es la cúspide de un arco narrativo que pasa, como Irene López-Rodríguez apunta, por el cuerpo y la mente del conquistador (227). Así, llegar a “la efervescencia del mercado es alcanzar el pináculo del bullicio y ajeteo de la ciudad, sólo en el mercado se proyecta la plétora de mercancías, ‘donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan [...] donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender’” (227). López Rodríguez insiste en que la detallada descripción del mercado, más que traducirse en sonantes pesos de oro en los oídos del emperador o de quien se enterase de las empresas de Cortés, cumple con la función de atraer la curiosidad del emperador, emocionarlo con los productos varios que se venden y antojarle al soberano todos los manjares que en la plaza de Tlatelolco se consumen. Para ganarse al emperador, hay que llegarle por el estómago. La lista es valiosa por una fuerza basada en la sinestesia. Más, aún, esta fuerza es coronada por uno de los primeros productos que excede la semejanza entre los manjares del Atlántico y los de Mesoamérica. La “miel de unas plantas que llaman en las otras islas maguey [del algo de Texcoco], que es *mucho mejor* que arrope” (135).

El mercado, entonces, tenía una fuerza y un valor que afectaba, al menos desde lo que escribe Cortés, a los sentidos. El valor está en aquello que precede y excede a la semejanza y al orden, es decir, las sensaciones corporales (los sabores, olores, los afectos). El cierre de la descripción del mercado de Tlatelolco, por otra parte, reconoce que “Todo se vende por cuenta y medida, excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna

por peso” (136). Cortés se refiere a la falta, en el mercado, de una moneda basada en su peso. A los ojos del conquistador, falta el peso de un metal específico que esté sancionado por un soberano. Si bien, paños de algodón y semillas de cacao, entre otros productos, eran usados como monedas, la carencia de un único peso dispersa la posibilidad de comprensión del sistema de compra y venta del mercado de Tlatelolco. Igualmente, la conclusión de la descripción del mercado también tiene algo de tautológico. Si el peso, “valor absoluto de una moneda”, es siempre el resultado de la cuenta y la medida de la fuerza con que un metal específico iguala la balanza en el mercado, entonces, el peso es siempre una extrapolación de medidas y cuentas de una fuerza atrayente o equilibradora. La fuerza de un peso está mayormente determinada por la fuerza de un soberano.

Cortés no identifica a detalle la forma en que los equilibrios eran alcanzados entre los precios, las monedas y las mercancías en Tlatelolco. José Luis de Rojas recupera exhaustivamente los diversos testimonios sobre las formas en que el mercado era regulado. Las crónicas y los códices coinciden en que la plaza pública, el tianguis, según De Rojas, estaba vigilado por una apabullante burocracia, que había penas para los falsificadores, para los ladrones y para todo aquel que trastocara el orden del mercado. De Rojas recuerda que Sahagún afirma que el señor, el huey tlatoani, “cuidaba del tianguis ‘por amor a la clase popular’” (libro VIII, cap. XIX, 1975: 475 en De Rojas 102). La ciudad de Tenochtitlan era, después de todo, una ciudad de masas, de migrantes, de comerciantes, de aristócratas, artesanos, de gente común. Poco sorprende, así, que en el

mercado de Tlatelolco se librara, al menos en la narración de Cortés, con mayor intensidad la guerra que habría de venir.

Una vez iniciada la guerra en Tenochtitlan, la crónica de Cortés diferencia entre oponentes y aliados. A favor del conquistador están sus “amigos”. Los que expulsan a Cortés de la ciudad, por otra parte, serán identificados de manera diferente. La diferencia entre amigos y “enemigos” radica también en cierta forma de contar, (de enumerar y nombrar). En una ocasión, como en muchas otras, se dice de los que expulsaban a Cortés de Tenochtitlan que eran “tanta multitud de gente por todas partes, que ni las calles ni azoteas se parecían con la gente; la cual venía con los mayores alaridos y grita más espantable que en el mundo se puede pensar” (161). A su vez, los aliados de Cortés, sus “amigos [...] que eran infinitos, pelearon muy bien y se retrajeron aquel día sin recibir ningún daño” (251). Si la guerra es la lucha por igualar diferentes frentes para que el peso de un solo soberano se convierta en absoluto, Cortés, sin saberlo, armó a base de bergantines, pólvora y yelmos la balanza que habría de colocar por una parte a los “infinitos amigos” y por otra “a la multitud de alaridos y grita”.

Ganar el mercado equivalía a ganar la guerra. O al menos esto se infiere luego de que se lee cómo Pedro de Alvarado apresuraba a Cortés para tomar el mercado. Según de Alvarado “la gente de su real le importunaba que ganasen el mercado, porque aquel ganado, era casi toda la ciudad tomada, y toda su fuerza y esperanza de los indios tenían allí (261). Si el huey tlatoani murió, según se lee también en la crónica, por la propia mano

de aquellos que lo miraban desde los pies de la pirámide, ganar el mercado significaría también ganar el terreno desde donde las multitudes se fortalecían.

Al final, en menos de cien días, noventa y tres contará Bernal Díaz del Castillo, la ciudad habrá sido arrasada con todo y mercado. Cortés se distancia de sus “amigos”. Al final de la guerra el conquistador escribe que “hallábamos los montones de muertos, que no había persona que en otra cosa pudiese poner los pies; y como la gente de la ciudad se salía a nosotros, yo había proveído que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar *que nuestros amigos no matasen a aquellos tristes que salían*, que eran sin cuento” (291). El suelo y las islas son ahora de carne y hueso y cada cuerpo que se escapa, escapa ya no sólo de la destrucción, sino de la “decisión” de un soberano, que guarda a sus amigos de seguir con la empresa de destrucción y muerte. Los que escapan van “sin cuenta”, sin número, como estuvieron en multitud, pero ahora también, probablemente, sin “cuento”, sin voz, sin historia.

Con la destrucción de Tenochtitlan Cortés le puso letras y gramática al fuego y a la sangre de la historia de la modernidad. La destrucción no es nada, por otra parte, sin el asombro y fascinación. Por un lado, la nueva moneda que servirá de peso y cambio en el mercado colonial y en las tempranas formaciones imperiales trasatlánticas llevará en una de sus caras el asombro y en la otra el terror. La descripción del mercado de Tlatelolco capturaré a los curiosos lectores y oyentes de las cartas. A su vez, la destrucción de la ciudad disparará el miedo que Cortés provoque como “soberano”. Si bien, el asombro

pudo más que el miedo en el otro lado del Atlántico, en Mesoamérica, aquellos que vieron la ciudad destruida “de verla, y de ver su fuerza y fortaleza, por estar en el agua, quedaron mucho más espantados” (298). De aquí en adelante, la destrucción y el asombro se fundieron en una moneda de peso. En boca de las lenguas de Cortés, esta moneda equivalía casi al ahorro de la guerra. Igualmente, así fue como la voz de Cortés adquirió peso incluso en los oídos de Carlos V.

Cuenta y medida, después de la(s) carta(s) de Cortés, serán las formas preponderantes de escritura en las crónicas. Estos elementos serán a su vez el crisol en el que se forjará el peso de la conquista, la moneda que en una cara cargará el asombro y en la otra el miedo y el terror. Cuenta y medida de destrucción, cuenta y medida de nombres, pueblos, recursos y tierras. Cuenta y medida de la fuerza de quien comanda, de su locura o de su buen ánimo. Todo habrá que medirse y contarse, y aún así, no todo habrá de hallar peso y equilibrio en las cuentas y medidas de los cronistas.

Bibliografía

- Cortés, Hernán. *Cartas de relación de la conquista de México*. Esapasa-Calpe Mexicana, 1961.
- De Rojas, José Luis. "Los Compradores En El Mercado De Tenochtitlan." *Revista Española de Antropología Americana*. Vol. 13. (Enero 1983): 95-108.
- López-Rodríguez, Irene. "Food for Thought: A Taste of Mexico in Cortés' Segunda Carta-Relación." *Ehumanista*. Vol. 41 (2019): 212-232.